

Despertares

Anton Gilbert

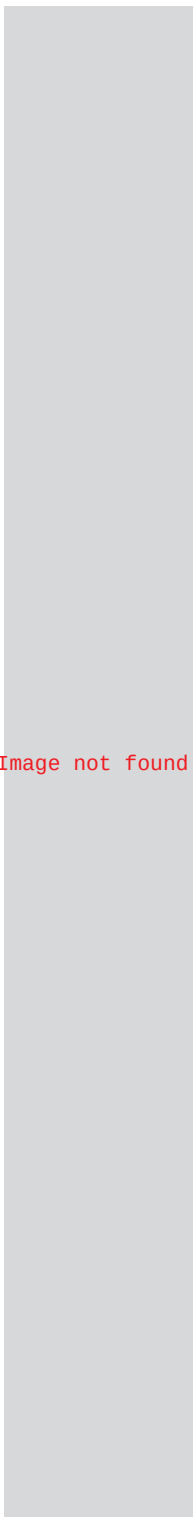


Image not found.

Capítulo 1

Añoro los días en los que que despertador me arrancaba de los sueños. Llevo un rato dando vueltas en la cama. No sé que hacer... me he despertado con la polla tesa como un palo. Pensaba que hacerme una paja para que me bajara ayudaría a que volviera a conciliar el sueño. Al fin y al cabo el sexo y los simulacros de sexo siempre me han dado mucho sueño. Pero no, hoy no ha sido así. De hecho ya todo me da sueño, pero no consigo pegar ojo.

Me levanto y veo el desastre que es mi habitación... y ojalá sólo fuera mi habitación. De camino al baño me encuentro con gotas de sangre. No recuerdo haber traído a nadie a casa anoche, pero con las cervezas que me hice, y la mierda de pastillas que me tomé, podría haberme traído cualquier cosa que respirara. Igual tampoco es demasiado necesario que respirara...

Al mirarme al espejo resuelvo todas mis dudas. Tengo un reguero de sangre seca que va de la nariz a la boca. No es la primera vez que dejo un retrato de mi cara en el suelo o en la pared, así que sonrío para ver si tengo todos los dientes en el sitio. Todo está correcto.

La pila se mancha de rojo mientras me quito toda la sangre y mugre de la cara. Y me cepillo los dientes para ver si se me quita el sabor a ojetete de la boca. La pasta de dientes es bicolor. Siempre me he preguntado como hacen esa mierda. En la facultad más de una vez lo debatí con mis amigos. Cada uno daba una explicación, pero nadie tuvo las suficientes ganas de cortar el tubo por la mitad para comprobarlo. Imagino que por eso mismo ya no nos hablamos entre nosotros. Somos todos unos vagos de mierda. Podríamos estar viendo como nos cae la mierda en la boca y no haríamos ningún intento de cerrar la boca. Eso sí, le daríamos muchas vueltas a por qué la gravedad es tan puta como para hacer que las heces nos ensucien la lengua.

El teléfono me saca de mis pensamientos. Aún es pronto, tengo tiempo de sobra para llegar al trabajo, así que lo cojo.

- Quién es?

- Gilbert? anoche no apareciste en el bar. Sólo quería saber si estabas bien.

- Sí, sí, estoy bien. Me estaba preparando para ir al trabajo.

- Seguro? me tienes preocupada...

- Tranquila. Bueno, hablamos.

Tiro el teléfono encima de una toalla. Esta mujer me cansa. La conocí un día en un bar y cuando me di cuenta me la estaba follando en el baño. No era un bellezón, pero para saciar las ansias tampoco es necesario. Así que le pedí el número. "Oye", me dije "si los dos estamos de acuerdo no hay ningún problema". Pero al parecer se esta convirtiendo en mi madre, o eso me parece.

Así que me ducho, me visto y paseo al perro. El pobre no sé como sigue vivo. No me acuerdo de cuando le di de comer. De hecho no le queda comida en la despensa. No se como se puede comer esas bolas de pienso que le doy... me pregunto a que deben de saber. Mientras tanto me anoto en la mano "comida perro". Es lo único que me funciona, no tengo agendas, y las aplicaciones móviles me cansan. El método del colegio es más efectivo que cualquier otro.

Después de dejar al perro en el apartamento me dirijo hacia el metro. En realidad tengo el trabajo cerca, podría ir andando. Pero me gusta el metro. Se llena de fracasados como yo, así que me siento como uno más de la manada. Me ayuda a no darle demasiadas vueltas a las cosas. Incluso veo a gente a la que puedo mirar por encima del hombro. Esta bien sentirse superior de vez en cuando. Mi abuelo me decía a menudo que los tres grandes placeres de la vida eran darle una paliza a alguien, follarle a alguien, y sentirse superior a alguien. Pero mi abuelo era un hijo de puta... era capaz de darle una paliza a alguien para después follárselo mientras le recitaba en verso lo grande que él era. Me imagino que yo, a mi manera, también lo soy. Un hijo de puta quiero decir. Todo se lleva en la sangre. Si eso es así, desde luego la mía debe de estar podrida.

Tras de ocho horas en el trabajo vuelvo a mi casa. Algún mamón dijo una vez "el trabajo dignifica". Creo que ese hijo de perra nos tomó el pelo a todos. de verdad, mis ocho horas de trabajo son un vacío existencial infinito. Mis compañeros tienen la misma cara de alienados que la que tengo yo. Con la única excepción de que al parecer, ellos al menos se preocupan de hacer un trabajo. No se cual, pero alguno. Creo que la última vez que hablé con alguno de ellos fue cuando una de mis compañeras parió. No había mucho que decir, otro desgraciado había venido al mundo. Por supuesto no se lo dije a ella a la cara, pero sí que lo dije a uno de mis compañeros. No se quien de los dos me miró con más asco, si él, o mi compañera al volver de la baja. Puto chivato. EN realidad hay dos clases de personas, los moralistas y los que ven las cosas tal y como son. Luego estoy yo. Veo las cosas como quiero verlas. Y así me va. Ah, por cierto, al salir del trabajo la pesada me ha mandado un mensaje. Me ha convocado, ¿o debería de decir invocado?, en el bar donde nos conocimos. Le he dicho que si... pero no creo que vaya.

Al volver a mi casa, después de haber manoseado un culo en el metro (creo de que debería de añadir tocar culos en el metro a los tres grandes placeres de mi abuelo), el perro me recibe con alegría. No sé si por verme o porque me he acordado de comprarle la comida. Cualquiera de los dos me vale, creo que nadie me va a recibir así en mi vida. Ni siquiera mi primera mujer lo hacia. Y no la culpo, no es que me portará demasiado bien con ella. Pero bueno, eso es harina de otro costal. Le pongo la comida al perro y observo. Debía de hacer mucho que no le ponía comida, el pobre come como si no hubiera mañana. Y vomita... vaya, bueno... ya se lo comerá luego. Siempre me ha producido inquietud ver como un perro se come el propio vómito... lo hacen demasiado a menudo. Y como prefiero no verlo lo saco a pasear. Mea. Caga. Mea. Mea. Mea. Huele un meado. Mea y caga. La segunda cagada es la señal, así que volvemos a casa. Sinceramente... no se si podría plantar un pino mientras alguien me mira. Lo de mear estoy acostumbrado. Los urinarios de los hombres te acostumbran desde pequeño. ¿Pero lo de cagar? es como un pequeño reducto sacrosanto. Puedes leer, pensar... incluso pajearte al acabar. Todo mientras, o después, de liberar de nuevo lo que comiste el día anterior. Desde luego Dios sabía lo que se hacia.

Y comienza a anochecer. Dudo si pasarme por el bar donde está la pesada. Pero decido que no, así que cojo el camino opuesto. Hay bares de sobra con pesadas de sobra donde ir, así que voy a probar suerte. Pero antes de nada compruebo tener mis pastillas favoritas en el bolsillo de la chaqueta; sí, están ahí. Antidepresivos, pastillas adormecedoras y otras que no recuerdo ya ni para qué son. Me da lo mismo, todas casan magníficamente con el alcohol. Me imagino a un puñado de científicos descubriendo la mierda que llevan todas esas pastillas y yéndose luego a celebrarlo. Menudo pedo se pillarían. Con suerte incluso se montarían una orgía entre ellos. Maravillosa palabra, orgía. Siempre he querido participar en una aunque, con mi suerte, seguro que acabaría sodomizado por algún imbécil que no sabe ni sorberse los mocos. Y cuando me doy cuenta estoy en un bar.

Pido la primera cerveza. El tipo que está detrás de la barra me la trae. Desde luego no despilfarra sonrisas, pero sinceramente, a estas alturas, con que no me miren con asco ya me doy con un canto en los dientes. Lo que me recuerda que me la noche anterior me di un golpe... me toco los dientes... siguen ahí. La nariz ni lo intento, sigue dolorida, pero al menos no ha sangrado en todo el día. De verdad, odiaría quedarme sin dientes. Tengo pesadillas con ello, creo que es la única parte de mi cuerpo que intento cuidar. Y sí, lo intento, que no es poco. Justo al pedir la tercera cerveza entra en el bar una mujer. No es nada espectacular, pero tiene algo... entre las piernas. Bueno, mejor dicho no tiene nada. Eso me basta últimamente. Nunca he sido un tipo exigente, tampoco es que tenga demasiado que ofrecer, así que siguiendo la máxima de que no pidas lo que no puedas dar, la verdad es que no me importa demasiado la apariencia. Ni la personalidad. Al fin y al cabo todos somos unos capullos.

Tal vez no siempre, pero habitualmente lo somos.

Cuando compruebo que ella ha tomado algo la invito. "Sírvele otro la señorita" le digo al camarero, mientras le hago un saludo con la cabeza a la mujer que está a dos metros de mí. Tal vez haya visto demasiadas películas de cine negro, me digo a mí mismo, pero bueno, nadie es perfecto. La cuestión es que cuando le sirve la bebida ella levanta el vaso, y me devuelve el saludo. No sé si por acción del alcohol o simplemente del calentón, cada vez me va pareciendo más atractiva. Le arrancaría esos labios carnosos a besos, por no hablar de las tetas... vaya par. Cuando se termina la copa se acerca. En ese momento es cuando me doy cuenta de que la señorita tiene un oficio muy antiguo, tal vez el más antiguo según se dice. Me da un precio. No es mal precio la verdad, mi sueldo se va en alcohol, comida de perro y sexo. A veces barato, otras no, depende de si vale la pena el precio. Y sí, soy de esos que no les duele gastarse el dinero en cosas de calidad aunque, siendo sinceros, la cosas de calidad no abundan últimamente.

Acepto con la cabeza, pago las cervezas y la copa de la damisela, y salimos del bar. Ella me guía hasta un callejón, se levanta la falda y se agacha la bragas... no, no lleva bragas. Mejor, así es todo más sencillo. Me escupo en la mano y le meto mano en la entrepierna. Repito el movimiento y, después, comienzo a meterle la polla poco a poco. Bueno, lo intento. Después de meter la punta suavemente pierdo el control y empujo con fuerza. Cuando me doy cuenta ya he terminado. Al parecer ella no está demasiada preocupada. Me acuerdo de una puta que casi me mata por correrme dentro sin condón. Bueno, si a ella no le importa a mí menos. Al fin y al cabo de algo vamos a palmarla el día de mañana. En mi caso todo apunta a cirrosis, sobredosis o alguna enfermedad de transmisión sexual.

Me subo los pantalones y vuelvo al bar. Su majestad imperial de las putas no me sigue, al parecer tiene la deferencia de buscar un nuevo local donde encontrar nuevos clientes. Pido otra cerveza. Esta vez el camarero sí que me mira con asco. Bueno, yo he follado y él no, así que mientras le miro me tomo una de mis pastillas mágicas acompañadas de cerveza. Poco a poco y cerveza tras cerveza todo comienza a difuminarse. Me saco un billete del bolsillo y lo dejo en la mesa. Sinceramente, no veo demasiado lo bien lo que estoy dejando, tampoco es que me importe, al fin y al cabo el dinero está para gastarlo. Si dejo más de lo necesario bien por él, y si no... pues da igual, no pienso volver a ese bar.

Como puedo avanzo por la calle, tambaleándome y cogiéndome a las paredes hasta que llego a casa. Al abrir la puerta el perro me recibe con alegría. No termino de saber por donde anda, así que cuando entro tropiezo con él y me caigo al suelo. Siento una explosión de dolor acompañada del gemido del pobre animal. La nariz, de nuevo, comienza a sangrar. Da lo mismo, mañana recogeré la sangre. Compruebo que el

perro esta bien y avanzo a trompicones hasta la habitación, mientras sorbo y trago la sangre que me sale de la nariz. Odio el sabor de la sangre, pero tengo que confesar que cuando viene endulzada con mocos es menos desagradable. Me dejo caer encima de la cama. Mañana será otro día.

Sale el sol después de haberme desvelado dos veces durante la noche. Tengo la polla dura como una piedra... necesito dormir un poco más. Voy a ver si me pajeo un poco y consigo volverme a dormir...